

miri regis hec (1) supra dicta (2) scribi uolui et hoc signum (*firma del rey Pedro I, en caracteres arábigos*) manu mea feci.

RICARDO DEL ARCO,
Correspondiente.

Huesca, 1 de diciembre de 1924.

V

BIBLIÓFILOS, BIBLIÓMANOS, BIBLIÓPOLAS
GORRONES Y FRESCOS

BIBLIÓFILOS

La afición a los libros es la más culta de todas las que un ente puede tener; y fíjate bien, lector, que no hemos dicho un hombre, pues también a las mujeres les es dado el ser aficionadas a manuscritos e impresos convenientemente religados, formando tomos de más o menos espesor: como que es un encanto más para una hembra el entusiasmo por los libros, aunque sólo sean novelas, por supuesto siempre que no se las quieran echar de marisabidillas, pues en este fatal caso no hay paciente que las pueda resistir; pero si no salen de los límites de la discreción y te hablan de sus lecturas, aunque traspasen éstas lo vulgar y corriente, sin que quieran patentizar su suficiencia pedantescamente, y conversan con dicción correcta, y apuntan pensamientos elevados y, al propio tiempo que hablan de libros y de las cosas en ellos escritas, te lo dicen moviendo unos labios que de seguro serán mieles, y mirándote con unos ojos que para ellos quisieran los ángeles y querubines, que por ocupar los círculos celestes más próximos a la tierra están más humanizados y, por tanto, usan de un si es no es de coquetería; o bien con sus delicadas manos maneja el libro, introduciendo el fino dedo, a modo de señal, en las páginas mientras elogia al autor del volumen o comenta los dichos y alaba los pensamientos en él impresos, vamos, lector, joven o maduro, siquier

(1) S., haec.

(2) H. y S., supradicta.

seas viejo, que no hay cosa más mareante que la mujer discretamente entusiasta de los libros, y que cuando de ellos habla lo hace con vehemencia y, por tanto, se le encienden las mejillas, a lo mejor un tanto tostadas por el color subidito; le chispean los negros ojos; las ventanillas de la nariz ligeramente se ensanchan, y el busto rítmicamente y con suavidad se agita... y... hablemos del hombre bibliófilo.

En varias clases se dividen éstos, o mejor, los hay de distintos matices: el verdadero amante del libro, el que lo busca por serlo y porque le interesa el conocer lo que encierra en sus páginas, y lo estima como una joya; el que menos entusiasta lo anhela, lo adquiere por sólo estudiarlo, y el que más por vanidad que por afición verdadera, lo acumula y lo lee, pero le pone freno a los entusiasmos la mezquindad. El primero, o sea el más perfecto amador del libro, el bibliófilo por excelencia, es el que, haciendo culto de la afición, a ella lo supedita todo, y su obsesión es el libro: el adquirirlo primero, su estudio después, más tarde el lavado del ejemplar sucio y el arreglo del averiado por rotura de hojas o manquedad de alguna, o bien disimular hábilmente los trabajos de la polilla, decorándolo, finalmente, poniéndole rica encuadernación, adecuada a su rareza, importancia u otro accidente que le haga estimable, viniendo en casos a ser un algo así como las reliquias, que al valor espiritual que la devoción les da unen la riqueza del relicario que las cobija, con lo que se las presenta a los fieles con gran esplendor, la que aumenta la devota admiración en aquéllos.

El puramente estudioso, que huronea por librerías a caza de la obra, cuyo ejemplar no mira el que sea una especie de arnero, o esté manchado por la humedad, o bien la grasa se haya cebado en él, y sin más miramiento lo embute en la estantería, sin preocuparse ya más que de aprovecharlo cuando llega el momento de hacerle falta.

Finalmente, el aficionado que se envanece de sus libros, y, por tanto, busca ejemplares lo más impecables posible para poder decir al ver una obra en ajena biblioteca: "El mío es mejor que éste", y los guarda en lujoso mueble, y tiene de vez en cuando rasgos de valor, gastando muchos duros en ediciones raras, sobre todo si son de su especialidad; pero a la postre se le en-

coge el ánimo y se contenta con ínfimas religaduras, consistentes en la vulgar holandesa o el ramplón cartoné, que le bastan para guardar el libro y que al enseñarlo o leerlo no se estropee, taurómacamente se diría que no remata la suerte

BIBLIÓMANOS

Estos señores son los enemigos capitales del bibliófilo, pues en su afán de acaparar libros no reparan ni en precio ni en número y suelen llevar a sus casas toda curiosidad bibliográfica que se tropiezan, pagando lo que se les pide, y adquiriendo sin cuento ejemplares, aun repetidos, de toda obra rara, con lo que al disminuir éstas en el mercado suben de precio y se hace más difícil su encuentro, mientras van a acrecer el número de los almacenados en la vivienda del que, como decía el sabio catedrático de Madrid el valenciano Orgell, en una de las reglas que aplicaba para hurtar libros, no les saca más producto que los eunucos de las esclavas del serrallo; pero hay más, y son aquellos que, así como los avaros ocultan su oro y riquezas, así guardan sus libros, encerrados en las librerías o en los armarios, ocultos a las miradas del aficionado, al que no le consienten su estudio, quedando, por tanto, aquél, completamente imposibilitado de ejercer la misión que su autor le había confiado al escribirlo, esto es: el de enseñar o ilustrar a la humanidad.

BIBLIÓPOLAS

Esta casta es variadísima, y aunque acarrear grandes males a los aficionados a los libros, es necesaria a la sociedad, al igual de otra, que no nombro, para evitar mayores desgracias; se dividen en categorías, y abundan los de la ínfima, que no conocen el libro más que por las tapas, de los que nada diremos; los hay que pasan de la portada y desean conocer el valor o estimación del volumen que venden, y como lo ignoran suplen con sus malicias la ignorancia; como, por ejemplo, el mirar al comprador a la cara con fijeza para escudriñar con la mirada el interés que el libro pueda despertarle, o el recoger el volumen de manos del aficionado para hacerse cargo de si éste lo retiene y forcejea por no

soltarlo, señal inequívoca de la gran voluntad, o bien, ya recogido por el librero, empezar éste cachazudamente a hojearlo, dejando pasar tiempo y ver si se impacienta el comprador; o como el gastar muchas palabras y razones sin pedir precio; también hay alguno que al preguntarle por determinada obra que, aunque al alcance de su mano, no está visible, dice al cliente que la buscará, y que vuelva al siguiente día o a los dos, y llega el plazo y no le encontró, por lo que tendrá que volver mañana, y cuantas más veces vuelve tanto más se demuestra el afán y tanta mayor cantidad se le pide... Estos, que se creen listos, suelen ser víctimas de los de la categoría superior, especie de magnates de la librería, que se permiten el lujo de editar catálogos y con ellos subir de precio los libros, pues desde el momento que lo han numerado y encasillado ya no puede valer menos de dos pesetas, siquiera se trate de un folletillo que por los quioscos se vendió a cincuenta céntimos. La gama del librero de casa abierta es grande, y presenta casi tantas originalidades como son los individuos, todos listos y todos enemigos capitales, no del bolsillo, sino de la cartera del aficionado, con el que generalmente suelen ser la cortesía personificada; los hay que tratan al cliente con finos modales y con habla suave, procurando convencerle de que no exageran precios; otros, campechanamente y con estruendosa voz y casi atropellando las palabras, quieren hacerte creer que es un regalo que te hacen al poner al libro el precio pedido; se encuentran también ariscos, los menos, que, con sequedad, niegan toda rebaja. Pero los terribles son unos pocos que han llegado a la cumbre del saber bibliográficomercantil, y convertidos en una especie de Júpiter y de Mercurio, amalgamados desde el olimpo de sus tiendas, aderezadas no sólo con esmero sino con singular gusto, emboscados esperan y disparan sus rayos y trabucos contra el infeliz mortal que se arriesga a preguntar por un libro que cuenta sólo con la ancianidad de cerca de una centuria, y si, como tan natural, la golosina de ver buenos libros tienta, y aunque sólo de vista quieres satisfacerla mirando volúmenes raros, que amablemente te ponen en las manos, y anonadado por los precios, sólo asequibles para multimillonarios, ya que son miles de libras y dólares, desilusionado o más bien abatido te hundes en el sillón, y aquello demuestras con tu mustia faz, el coloso de los libros

raros que, sacando jugo a los códices de marchito pergamino y a los incunables de lacio papel ha llegado a ser un prócer de la librería, te dirige mirada entre triunfal y compasiva y te sales, si bien agradecido a las atenciones del bibliópola que te proporcionó tan buenas vistas, con mal sabor de boca.

GORRONES Y FRESCOS

Entre éstos y la polilla hay poca diferencia; decimos mal: es grande, pues si bien estos bichitos se entretienen en hacer túneles y minados por el libro, algunos tienen tal miramiento que respetan el centro impreso de las páginas y sólo perforan sus galerías por el margen o blanco, por lo cual nunca es destruído por completo, mientras que los sujetos que presentamos los hacen desaparecer, y ocurre el que, satisfecho de que tienes el libro, cuando lo necesitas vas a buscarlo y te encuentras con que no lo encuentras, pues el amigo a quien lo prestaste no lo devolvió.

También de éstos hay variedad, como bien claramente lo indica el epígrafe. Los gorriones suelen ser personas muy atentas, que en cuanto se enteran, bien por la Prensa, ora por un amigo, de que has publicado un libro, te dan efusiva nora-buena y te hablan de lo mucho que les interesa tu producción, y si con las razones que gastan no te ablandas, sueltan lo de que van a comprar un ejemplar para que se lo dediques, con lo cual te obligan a que les hagas el regalito con el correspondiente autógrafo; lo natural sería el que, si tanto les apetece la dedicatoria, lo comprasen callandito y lo presentaran al autor para que estampase la firma tras un laudes; pero el dinero quieto y la lengua larga aumenta graciosamente la librería, sin más molestia ni sacrificio que estirar el brazo y alargar la mano, y sin que ni siquiera se le coloree la faz al muy fresco.

Los otros son aún más terribles: los que piden libros prestados para leerlos y no los devuelven constituyen la mayor plaga, y eso que ésta no se enumera entre las famosas de Egipto; ello es el medio más expedito de que, sin gastar una peseta, los muy sinvergonzones se hagan con una biblioteca bien nutrida y variada, y se encuentran algunos que se enorgullecen enseñando el número de obras que han reunido en su biblioteca con el esfuerzo

de pedirlos prestados y con la paciencia de los años. Es bien conocido el caso de aquel que le negó a un su amigo el prestarle un libro porque, según dijo, todos aquellos tan numerosos que veía le habían sido prestados a él y los estimaba mucho; ¡y qué hábiles son algunos para hacerse con obras, incluso compuestas de varios volúmenes!, los que se llevan poco a poco con la promesa en la boca de devolverlos juntos, pero sin la intención en sus adentros de hacerlo, y menos doloroso esto, ya que no te dejan con la obra descabalada. Se dan casos de algunos fervorosos, no muchos, afortunadamente, que si les gusta el libro que ven y no está venal, por pertenecer a una biblioteca pública o particular, y la vigilancia del que la custodia se confía en el nombre o en el traje y modales de persona decente del visitante, aprovechan el descuido y se lo esconden. Así que obrará prudentemente todo el que no deje penetrar en su cuarto de los libros a ningún visitante que lleve amplio gabán y mucho menos capa; pero sobre todo que ande con ojo avizor durante la visita de ciertos *amateurs*.

Nada hemos querido decir de los asesinos de los libros, esto es: de los coleccionistas de grabados y portadas, gente a la que se les debía cortar las manos, pues como son los destructores de aquéllos, jamás puede colocárseles juntamente con los amantes de los libros, que con sus variadas y en algunos hasta pintorescas formas hemos presentado, sin que a nadie particularmente hayamos querido aludir y mucho menos ofender.

Valencia, marzo de 1925.

FRANCISCO MARTÍNEZ Y MARTÍNEZ.
